

costumbres perezosas... Tendría que contestar á las cartas, y esa perspectiva me causa horror.

—Permítame, si no es indiscreción, repetir la pregunta que me ha dirigido usted hace un momento. ¿Cuánto tiempo permanecerá usted aquí?

—Todo el tiempo que me agrade.

—Puede agradar á usted quedarse por toda la vida.

—Pues me quedaré toda mi vida.

—¿Cómo? ¿Se ha convertido usted en anacoreta? ¿Va usted, como María Magdalena, como la virtuosa María Magdalena, se entiende, á enterrarse en una gruta de los montes Cheviots ó de las montañas Crampiaus? No tiene usted derecho á hacerlo; pertenece usted al mundo, se debe usted á sus admiradores, á...

—Me debo, ante todo, á mí misma—interrumpió Lydia riéndose;—el mundo no me entusiasma hasta el extremo de sacrificarle mi libertad... Puede que al partir de Escocia vuelva á mi país...

—¿Sola?

—Griffith no me abandonará.

—De ningún modo—dijo la gigantesca acompañante con afectuosa mirada;—¡nunca!

—Ya ve usted que mi soledad no será muy completa ni muy desconsolada.

—¡Pero será desconsoladora para los demás! Y ¿dónde vive usted? Los montañeses escoceses son hospitalarios... ¿Quién presta á usted esa hospitalidad?

—El pastor Griffith, en la villa de Lochness; pero yo agradecería á usted que no me visitase. Vivimos muy en familia; su presencia de usted alarmaría á aquellas sencillas gentes.

—Más claro: me cierra usted la puerta. ¿Teme usted mi importunidad?

—Nada de eso; temo la fama de usted.

Y dicho esto se echó á reír como en los mejores tiempos de su despreocupación y de su coquetería. Luego añadió:

—Es preciso ser prudente; hay señoritas en la casa...

—Vamos, vamos, se burla usted de mí; pero no por eso dejaré de obedecer. Despidámonos para siempre en este camino. Ya sabe usted, querida miss Griffith, que llevo esa imagen grabada en mi corazón, y que hasta mi último suspiro no dejaré de amarla.

Las dos jóvenes le miraron alejarse por el blanco camino y perderse á la vuelta del valle. Dos días después partía de Edimburgo y llegaba á Douvres, y de allí á París. Como había prometido callar, lo primero que hizo al llegar fué correr á casa del barón de Cravant y decirle:

—¿Sabe usted á quién he encontrado en Escocia al borde de un lago? Pues á la señorita Audrimont.

Y como aquél palideciera, tanto por su amor despreciado como por su vanidad herida

—Sí, querido, fresca como una rosa—continuó

el cómico elegante—corriendo entre los arbustos en compañía de la colosal Griffith, me dijo que había dejado la Francia, su familia y á usted sin esperanza de volverles á ver... Me obligó á prometerla que no diría una palabra; pero como sé que eso interesa á usted, he preferido prevenirle, sacrificando mi discreción á nuestra amistad.

—Doy á usted gracias; amigo—respondió Cravant con aire turbado;—me presta usted un verdadero servicio.

—Así lo he creído; hasta la vista.

Y partió, dejando á Pablo en un estado de excitación violenta. De modo que Lydia, cuya marcha había tenido por móvil, según las palabras de su primo, evitar el proyecto de unirse á él, en vez de regresar al lado de la señora de Fontenay en un corto plazo, continuaba en Escocia, sin pensar reunirse jamás á su familia francesa, con la cual parecía haber roto. Luego le habían engañado. Por lo tanto, la resignación con que aceptó la pérdida de sus ilusiones, podía ser considerada como una prueba singular de la tibieza de sus sentimientos. ¿Estaría Lydia de acuerdo con el señor y la señora de Fontenay para matar sus esperanzas, ó habrían abusado de la sencillez de ella como habían abusado de la suya?

Las sospechas que nacieron en su cerebro en Deauville, se despertaron de nuevo más potentes. Encontró equívoca y oscura la situación, y

queriendo cerciorarse de la verdad, decidió ponerse en camino hacia Cravant, donde llegaría en hora y media de tren. Le era fácil hacer sus averiguaciones entre dos trenes para evitar la violencia de almorzar ó comer con Armando y Mina, si las explicaciones que había resuelto pedirles no eran completamente satisfactorias. Sin anunciarles su llegada, para no proporcionarles la facilidad de ponerse de acuerdo, se puso en camino.

Descendió del tren en la estación de Cravant, y tomó un lindo sendero que, á través del bosque, le llevó en un cuarto de hora á la puerta del castillo. Franqueó la verja, subió la terraza del piso bajo y se halló ante las puertas ventanas del salón. Eran las dos de la tarde y la señora de Fontenay leía sola al lado de la ventana abierta. El ruido de los pasos del barón sobre la arena la hizo volverse, y lanzando una exclamación de sorpresa, se levantó para recibir al visitante.

—Usted á esta hora y de improviso—dijo.—¿Qué significa esto? No ha podido advertirnos para que le esperasen en la estación.

Al hablarle, la condesa creyó descubrir en su fisonomía cierta apariencia de malestar, algo de tirantez involuntaria que dejaba traslucir sus anteriores pensamientos.

—Se me ocurrió esta mañana venir á ver á ustedes, y como se trata de un viaje tan sencillo

no he querido molestar á nadie. ¿Pero y Armando, no está?

—Sí, debe de estar en su cuarto, voy á decir que le avisen.

Llamó y dió orden de buscar á su marido.

—¿Continuará usted como siempre?

—No he cambiado; sigo como siempre fui. Continúo igual, querida prima, que es todo lo más que puedo hacer.

Fijó Mina una mirada inquieta en él, y con débil sonrisa le preguntó:

—¿Y el corazón?

—Va defendiéndose—contestó él con tranquilidad.

La condesa insistió, como si quisiera profundizar aquel asunto antes de la llegada de Armando.

—¿Y aquel gran disgusto de hace pocas semanas... pasó?

Cravant se mordió los labios, y con más amargura que lo que hubiera querido mostrar, exclamó:

—No ha habido más remedio...

Pero al ver que podía ir más lejos de lo que deseaba, cambió bruscamente de conversación.

—¡Ah! Ayer noche vi á la señora de Jessac que me encargó mil afectos para usted. Sigue cantando con igual éxito; pero no bastándole París, viaja por provincias. En este momento se

encuentra recorriendo una porción de castillos... Yo le dije: ándese usted con tiento, el día menos pensado la Sociedad de Autores reclamará sus derechos... Hace usted una competencia temible á los teatros. ¡Cuánto le gusta que la diga esas cosas!

Aquella alegría forzada inquietó á la señora de Fontenay. Creyó necesario estar prevenida, pues era indudable que Pablo no iba á Cravant para hacerles una visita, sino para llevar á cabo un proyecto deliberado. Nada bueno podría resultar para Armando y para ella de lo que el barón preparase, y casi se arrepintió de haber dicho que su marido estaba en el castillo, siéndola tan fácil responder que estaba ausente, cuando sabía de antemano que Armando no se presentaría. No era tiempo ya de tomar una resolución, y su marido iba á verse expuesto á los ataques de Cravant, cuando tanto procuraba apartarle todo género de contrariedades. Se presentó el conde y dió la mano á su primo, que al verle tan cambiado, quedó absorto. Delgado, pálido, con los ojos hundidos bajo sus largas pestañas, tenía una contracción en la boca que daba á su rostro una expresión de profunda melancolía.

—¿Estás enfermo?—preguntó Pablo.—No tienes un aspecto muy floreciente...

—No—dijo el conde con indiferencia—estoy bien.

El barón miró á su primo con aire burlón, y

reanudando la conversación en el mismo punto que la había dejado al entrar, dijo:

—Yo soy quien ha tenido disgustos y tú el que tiene el aspecto de haberlos sufrido.

Al oír aquellas palabras Armando levantó la cabeza, y una especie de velo oscureció su frente. Pablo, sin aparentar advertirlo, continuó:

—¿Cómo es que no encuentro aquí á mi encantador verdugo? Pensé que, una vez libre de mi presencia, la señorita Audrimont se apresuraría á volver á vuestro lado... Todo me lo hacía creer así... y si os dejé tan pronto en Deauville fué para abreviar el tiempo de su destierro... pero ahora veo que no ha vuelto.

Armando y Mina permanecieron mudos de asombro, sin que su turbación conmoviese al barón; éste continuó:

—La creo algo cambiada en sus afectos... Después de la acogida verdaderamente excepcional que la hicisteis, me parece que su alejamiento encierra algo de ingratitud, á menos que no haya razones que yo desconozca que expliquen esa ruptura.

—Quedó silencioso en espera de una contestación y con afán de oír alguna palabra que le permitiera saber á qué atenerse con respecto á Lydia. Había formulado su pregunta de tal modo, que era imposible no responderla sin inferir un grave agravio á la joven ausente. Mina lo comprendió así, y sin necesidad de ha-

blar claro, juzgó útil dar algunas explicaciones.

—Mi querido Pablo—dijo—¿qué induce á usted á pensar en una ruptura entre la señorita Audrimont y nosotros? Nada hay de extraño en verla alejada de nuestro lado durante algún tiempo. ¿Está sometida á nuestro dominio?... Esté usted seguro de que volverá y de que usted se hallará tan curado de esa heridilla de amor propio, que volverá usted á contarse en el número de sus amigos.

—Celebraré que llegue esa ocasión, pero es poco probable, porque ella misma ha manifestado á una persona que me lo ha referido su intención de no volver á pisar el suelo de Francia.

—¡De no volver á Francia!—repitió Armando con alterada voz.

—Y eso no se aviene bien con sus noticias de usted, querida condesa.

Mina sospechó que Cravant quería sacar de mentira verdad, y decidida á acosarle hasta lo último, para juzgar de la exactitud de sus informes preguntó:

—¿Y dónde ha visto á Lydia el amigo que ha referido á usted esa historia?

—En Escocia, en un sendero de la montaña, cerca de una aldea que se llama Lochness y donde habita en casa del reverendo Griffith, padre de su señorita de compañía. Ya vé usted que los datos son exactos... ¿Soy yo quien da á usted la primera noticia?

—No tal—dijo la condesa;—estoy muy al corriente de cuanto le concierne.

—Entonces sabrá usted por qué ha desaparecido. ¿Qué crimen espía en aquel desierto?—prosiguió Cravant irritado por la sangre fría con que eran recibidos sus ataques, y queriendo provocar a toda costa una explicación.—¿Es alguna pasión contrariada la que la ha conducido allí? Quien sabe... algún amor prohibido...

Armando se irguió, y dando un paso hacia el barón le dijo con amenazadora firmeza:

—No debo olvidar que la señorita Audrimont es parienta mía, que hace poco tiempo estaba aún bajo mi protección, y que no me place oír hablar de ella en esos términos delante de mí.

—Dispensa, chico—exclamó Cravant con viveza—estoy en condiciones muy especiales y tengo derecho á mucha indulgencia. Mi curiosidad se explica, pues te consta que estuve mezclado con demasiada intimidad en el incidente que sirvió de pretexto para su marcha.

—¿Por qué no vas á Escocia á pedir por tí mismo esas explicaciones á la señorita Audrimont?...

—Acaso sería el único medio de obtener explicaciones leales y francas.

—¿Leales?—gritó el conde con un gesto de amenaza.

—Sí—repuso Cravant levantándose, como para dar más fuerza á sus palabras.

Aquellos dos hombres, excitados por secretos rencores, impulsados por la vivacidad agitada de la conversación, estaban de pie, frente a frente, prestos á la provocación. Mina les vió palidecer de cólera, comprendió que estaban á merced de cualquier frase que provocara el conflicto, é interviniendo con autoridad

—Olvidáis ambos vuestros deberes en esta ocasión—dijo fríamente.—¿Desde cuándo, caballeros como vosotros, disputan de ese modo ante una señora? Me tiene acostumbrada, mi querido Pablo, á guardarme más respeto, y tú, Armando, sueles tener más moderación...

El barón se inclinó ante la señora Fontenay, y con tono más calmado repuso:

—Tiene usted razón, condesa, y la ruego que me dispense... Se trata de un asunto que tiene trastornado mi corazón, y me es difícil hablar de él con tranquilidad.

—Pues bien—dijo Mina con fingido contento—no hablemos más de él.—Vamos á dar una vuelta por la estufa, donde la vista de las flores calmará á usted. Deme usted el brazo...

Salieron á la terraza. Armando, impasible, los vió alejarse sin poder encontrar una frase conciliadora que decir á su primo. En aquel momento odiaba ya con toda su alma aquellos celos reaparecidos. Dió algunos pasos hacia la ventana, pasó la mano por su frente contraída, lanzó un doloroso suspiro, y, dejándose caer en una bu-

taca, cerró los ojos como para aislarse más completamente en su desesperante tristeza. Mina y Pablo, del brazo, habían atravesado la terraza, pasaron por delante de las estufas y casi sin darse cuenta de ello entraron en una. Una vez lejos de Armando, no pensaron más que en el asunto candente que acababa de lanzar al conde de Fontenay contra su primo.

—Me ha dicho usted hace un momento, querida prima: «no hablemos más de la señorita Audrimont» — dijo de pronto Cravant. — Creo, por el contrario, que si ha pronunciado usted esas palabras ha sido para hablar más adelante de ella.

—Acaso.

—Creo que no habrá usted olvidado la participación que tuvo en las negociaciones entabladas por mí... Tengo, por lo tanto, el derecho de preguntar... aunque no fuera más que para saber si estaba usted tan bien informada como pretendía.

—¿Qué ventaja sacaría usted de eso?...

—La de estar seguro de que no se ha jugado conmigo, de que nadie se ha reído de mí y de que no he sido víctima de una mistificación.

—¿Qué sospecha usted, pues?

—Sospecho que la encantadora Lydia abusó de singular manera de la hospitalidad que la había usted otorgado, por lo cual la puso usted á la puerta de su casa sin escándalo alguno, pero con gran firmeza, el día que...

—Está usted equivocado—gritó la condesa con energía.—Quiero mucho á Lydia y la tengo por la mujer más honrada que existe...

—Entonces ¿por qué no vuelve al lado de usted? Oigame usted, condesa: hemos llegado á un punto en que es preciso hablar con franqueza. Sabe que soy hombre de honor, y que como tal empeño mi palabra de que lo que va á decirse aquí no saldrá de entre nosotros. Pero yo sé ya demasiado para no querer conocerlo todo. Cuando la señorita Audrimont se separó tan bruscamente de ustedes, debió haber para ello una poderosa razón. Acaba usted de afirmarme que la ama y la respeta, puesto que nada tiene que reprocharla. Entonces ¿de quién proceden los yerros?... Lógicamente, de usted ó de Armando. De usted... es inadmisibile... Entonces, será...

Ante aquella conclusión que renovaba todos sus dolores, la cara de Mina enrojeció, y abandonando el brazo del joven levantó el suyo como para imponerle silencio, y dijo:

—¡Pablo!

Las lágrimas brotaron de sus hermosos ojos sin que pudiera contenerlas, y entonces se condeció la tristísima alegría de desahogar ante el asombrado barón su pecho, tan lleno de pesares y de amargura. En cuanto se calmó un poco

—Ninguna falta tenemos que reprocharnos—dijo con gran dignidad—ni los unos ni los otros, sufriendo todos una gran desgracia con igual

valor. Como suponía usted, la señorita Audrimont no volverá jamás. A menos...

Sonrió tristemente y prosiguió:

—A menos que yo no desaparezca... Soy un obstáculo á la dicha de dos seres á quienes amo y los cuales sufren injustamente... Dios me concederá quizás la gracia, que le pido siempre, de llamarme á sí... y entonces todo se arreglaría de la mejor manera posible... No piense usted, hijo mío, por más tiempo en sus agravios, y calme usted su descontento. Olvidará usted bien pronto; sea usted, por lo tanto, indulgente, con los que no olvidarán jamas.

Ante aquella noble mujer que llevaba tan valerosamente la inmensa carga de sus penas, Cravant se avergonzó de las mezquinas rencillas que le habían preocupado y se avergonzó también de haberla comprometido á una confesión tan penosa. No tuvo más que un deseo: darle seguridad absoluta de que su secreto quedaría bien guardado. Era la sola satisfacción que podía ofrecerle y quiso que fuese completa.

—Agradezco á usted la confianza que ha tenido en mí—le dijo con tiernísimo respeto.—Sólo recordaré una cosa, y es que quiero á usted profundamente. Sobrevenga lo que sobrevenga, cuente usted con mi adhesión inmensa hacia usted y hacia los suyos.

El barón de Cravant, cada vez más animado, sentía sucesivamente lo que decía. Aquel ama-

ble muchacho, que en su vida ligera expresó tantos sentimientos ficticios y pronunció tantas palabras de mero cumplido, se sentía capaz de ser tan generoso como debía serlo entonces. Brillaron sus pupilas y se encontró satisfecho de sí mismo, pues tuvo conciencia de que obraba bien. Hasta se figuró que compensaba en aquel momento todas sus malas acciones. Quiso expresar á la señora de Fontenay la admiración que le inspiraba; tomó sus manos, y estrechándolas añadió:

—¡No puedo decir á usted hasta qué punto la encuentro buena, grande, generosa! Vine aquí con malos designios y me voy reconciliado con usted y conmigo. Usted es quien ha ejercido esta influencia favorable... ¡Ah! Cuando se tiene la dicha de ser amado por una mujer como usted ¿cómo es posible....?

Mina no le dejó acabar y le interrumpió llena de profunda tristeza:

—No censure usted, amigo mío, cuando yo disculpo. Las transformaciones del corazón son misteriosas, pero son también inevitables. No se pueden marcar las fases por que pasan, pero se comprueban perfectamente los resultados... La flor que se abre en la planta se marchita lentamente y muere. Lo mismo ocurre con el amor. ¡Dichosos aquellos cuyo amor muere en los dos al mismo tiempo! Yo soy vieja, querido Pablo, y Armando es joven. Mi vida concluye, la suya

es aún floreciente, y mientras yo soy la planta agostada ó marchita que debe desaparecer, él es el árbol lleno de verdura y de savia que todavía puede fructificar. Hay desacuerdo entre los hechos y las sensaciones; de ahí proviene nuestro mal.

Se dibujó en sus labios una sonrisa melancólica y continuó:

—Ruégole me perdone, pues como he reflexionado mucho sobre estas cosas en mis días de melancolía y en mis noches de insomnio, abuso de usted al hacer esta digresión semifilosófica. La moraleja de todo esto es que, cuando usted se case, debe hacerlo con una mujer más joven que usted. Acaso no la ame demasiado, pero, de ser así, no se lo dé usted á conocer por completo, pues se adquiere muy pronto la costumbre de ser dichosa... y cuando hay que perderla, se sufre un dolor mortal.

Andando de nuevo, habían llegado insensiblemente al palacio, y por una de las puertas ventanas del salón vieron á Armando sentado, sin moverse del mismo sitio y con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Vaya usted á estrecharle la mano—dijo Mina dulcemente.

—Con toda mi alma.

—¡Véale usted; es muy desgraciado!

Mina no se compadecía de sí, no se compadecía más que de él. Entraron en el salón, y el

conde se levantó al verlos aproximarse. Les observó con aire preocupado y vió que le saludaban con rostro tranquilo y sonriente. Su frente se despejó.

—Aquí tienes á Pablo que se va—dijo la condesa— y que viene á despedirse.

—Nos hemos expresado con viveza hace un momento—dijo el barón con cordialidad, pero eso no puede tener consecuencia alguna... ¿No me guardas rencor?

—No.

—¿Le acompañaremos hasta la verja?—preguntó Mina.

Armando se levantó sin responder, como un hombre indiferente á cuanto le rodea y que anda ó se detiene automáticamente. Siguieron uno de los bellos paseos del parque, bajo la verde bóveda formada por los árboles seculares, y llegaron á una verja, no muy alta, que daba al campo y desde la cual se veía el techo rojizo de la estación del ferrocarril.

—Adiós, pues—dijo Cravant con amistosa sonrisa.

—¡Adiós!—respondieron Mina y Armando.

Se separaron y al cabo de algunos pasos se volvió para mirarlos. Estaban junto á la puerta, viéndole alejarse. Los contempló uno al lado del otro dentro del marco blanco de la tapia, y destacándose del fondo sombrío de los macizos del jardín. Dióle un escalofrío al asaltarle el presen-

timiento de que quizás no vería más á uno de aquellos dos seres, y quiso fijar sobre ellos más atentamente su mirada, como para descubrir quién tendría la suerte de caer el primero. Pero habían desaparecido, y la verja cerrada, triste y negra bajo las ramas pendientes de los árboles, le hizo el efecto de la puerta de una tumba.

XI

Noche terrible de fiebre y desorden fué para Armando la siguiente á la visita de Pablo de Cravant. Solo en su habitación, sin decidirse ni á reclinar la cabeza en la almohada, se paseaba agitado, dando vueltas en su cerebro al espantoso pensamiento de que Lydia se había ausentado para siempre. Con gran pesar, pero pacientemente, sufría la separación que no creyó definitiva, pues nunca pudo concebir la posibilidad de vivir sin volver á verla. Pablo mataba de improviso su esperanza al asegurarle que su resolución de no regresar á Francia era firmísima, sometiéndole al tormento cruel de un condenado á muerte que, confiado en la idea del indulto, se ve sorprendido con la noticia de que es llegada la hora de marchar al cadalso.

Dos meses hacía que ignoraba su paradero y que la que, durante un año, ocupó un lugar tan

preferente en su alma había desaparecido, dejándole sin vida. Pero á pesar de tantos días transcurridos, en el fondo de su corazón dormía una vaga esperanza de que aquella mujer le amaba de lejos y volvería á París atraída por irresistible imán, al final del otoño, cuando él volviese. Entonces sería imposible no encontrarse alguna vez... ¡Qué alegría tendría al verla, aunque fuese de lejos, en la calle, sin aproximarse, sin hablarla, pero pudiendo contemplarla al fin! Al visitar á Mina le proporcionaría indirectamente noticias suyas. Pequeña felicidad, bien fugitiva alegría, pero al fin alegría y felicidad que no disfrutaba sin su presencia.

Tan hermosos proyectos vinieron á tierra al saber que fijaba su residencia en Escocia ó que regresaría al Canadá. ¡Todas sus creencias fueron vanas! Cuando la ausencia no la martirizaba, cuando creía posible que la distancia, el mar, los espacios se interpusieran entre ellos, era que su afecto no igualaba en intensidad al que ardía en su pecho. Lydia era insensible, puesto que sufría en silencio aquel destierro.

El conde la acusaba de no tener corazón, de no sacrificarlo todo á un afecto que debía serle tan caro, sabiendo que su presencia dulcificaría su miserable estado.

El, á haber sido libre para seguir los impulsos de su corazón, se hubiese hecho presente todos los días por alguna previsión delicada y secreta,